

Scripta Nova

REVISTA ELECTRÓNICA DE GEOGRAFÍA
Y CIENCIAS SOCIALES

Universidad de Barcelona.

ISSN: 1138-9788

Depósito Legal: B. 21.741-98

Vol. XIX, núm. 522(2)

10 de noviembre de 2015



De la globalización capitalista al desarrollo territorial: por una geografía económica socialmente relevante

Conferencia con motivo de la entrega del Premio Internacional de Geocrítica 2015

Ricardo Méndez Gutiérrez del Valle

De la globalización capitalista al desarrollo territorial: por una geografía económica socialmente relevante (Resumen)

Toda trayectoria profesional en el ámbito universitario se ve influida por el contexto científico e institucional de su tiempo y su lugar. El texto sintetiza la evolución como profesor e investigador de Ricardo Méndez, desde sus estudios iniciales sobre localización industrial a la propuesta de una geografía del capitalismo y de sus crisis, o las aportaciones sobre desarrollo territorial e innovación. También la influencia inicial de la geografía neopositivista, la posterior adscripción al estructuralismo marxista y la creciente importancia concedida a las aportaciones de los enfoques neoinstitucionales y relacionales.

From capitalist globalization to territorial development: for a socially relevant economic geography (Abstract)

Any professional career at the university level is influenced by the scientific and institutional context in its time and its place. This paper synthesizes the evolution of Ricardo Méndez as a professor and researcher, from their initial studies on industrial location to the proposal of a geography of capitalism and its crisis, or their contributions on territorial development and innovation studies. Also the initial influence of neopositivist geography, the subsequent attachment to marxist structuralism and the increasing importance attached to the neoinstitutional and relational theories.

Quiero comenzar esta intervención mostrando mi agradecimiento al Jurado que me ha otorgado el *Premio Internacional de Geocrítica* correspondiente a 2015 y, de modo especial, a su Presidente, el Dr. Horacio Capel, que me comunicó personalmente la concesión. Tal como han señalado otros premiados con anterioridad, es para mí un honor recibir este reconocimiento a una trayectoria profesional de cuatro décadas y sumar mi nombre a una lista en la que se encuentran figuras muy reconocidas, tanto de la Geografía como de otras Ciencias Sociales dentro del ámbito iberoamericano. La estrecha vinculación del premio con ese ámbito, su identificación con

el pensamiento crítico y el lugar elegido para el acto de entrega, que sigo identificando como el de mi Facultad y mi Departamento, se suman para dar un significado especial a este momento.

Tras la sorpresa inicial, el inevitable ejercicio de introspección a que conducen situaciones como esta me ha llevado a suponer que, en todo caso, se premia un trabajo que –eso sí- ha resultado constante y animado por el deseo de conocer, comprender y compartir lo descubierto, una pasión que siempre hizo grata esa tarea. Tal vez por ser el primer miembro de mi familia que accedió a la universidad gracias al esfuerzo de unos padres que la consideraban como la puerta de acceso a una vida mejor, siempre he tenido conciencia del privilegio que supone trabajar como profesor universitario o investigador, profesiones que permiten pensar con libertad sobre una realidad de la que formamos parte y, en ocasiones, hasta arriesgar opiniones y propuestas para transformarla. Encontrarme ahora con que, además, este trabajo se premia, añade un motivo más para felicitar me por la elección. Pero me obliga a recordar también que ese camino lo he hecho en compañía de otros colegas con los que he compartido maestros, vocación y trabajo, que son en cierto modo copartícipes de lo que ahora se personaliza en mí. Que el Acta del Jurado reconozca de forma explícita la labor de muchos profesionales de la Geografía que nos formamos en estas aulas de la Complutense creo que constituye un acto de justicia y un motivo de satisfacción colectiva.

Dice Emilio Lledó que “todo lo que, con mayor o menor fortuna, escribimos o pensamos sale del fondo personal que integra lo que vivimos y miramos, lo que escuchamos y leemos, en definitiva lo que somos”, por lo que “todo texto es también contexto”. De ahí la dificultad de dar sentido a una trayectoria personal hecha de etapas sucesivas, cada una de las cuales se vio influida por el contexto científico e institucional, pero también por circunstancias a menudo ajenas a cualquier plan preestablecido, que fueron abriendo camino a lo que finalmente acabó por reflejarse en mi trabajo. Si nadie es inmune a la influencia ejercida por diferentes corrientes de pensamiento, así como por las circunstancias políticas, económicas, sociales o culturales que nos toca vivir, la personalidad e historia de cada cual se traduce siempre en una combinación única. Esbozar ahora mi propio recorrido –tal como se me ha solicitado- supondrá, pues, volver a referencias conocidas –al menos para los geógrafos- con la única originalidad de identificar el modo específico en que creo que orientaron ese camino.

Abordaré, por tanto, una breve descripción de esas etapas –que aproximadamente se corresponden con decenios- comenzando por señalar en cada una de ellas algunas circunstancias necesarias para dar sentido a lo realizado. Intentaré destacar luego las principales influencias teóricas recibidas, las líneas de investigación desarrolladas y algunos de los resultados obtenidos, tanto en la actividad docente como en forma de publicaciones. Convertir ese conjunto de partes en un todo exige buscar un argumento que las enlace y eso supone reinterpretar decisiones y actos que a menudo no se basaron en una reflexión y una organización como las que ahora pretendo aplicarles, pero confío en lograr que, al menos, la búsqueda de orden haga inteligible esa trayectoria.

El proceso de formación y la búsqueda de una explicación geográfica

Tuve la suerte de encontrarme con la Geografía a comienzos de los años 70, en un momento de ebullición en el pensamiento geográfico que, aunque de forma atenuada, también comenzaba a filtrarse en la universidad española y, en concreto, en las dos cátedras de la Complutense que dirigían Manuel de Terán y José Manuel Casas, gracias a la inquietud y la labor de profesores que fueron capaces de transmitir su afán de renovación a quienes éramos sus alumnos. Desde mi particular experiencia personal esa función la ejerció, sobre todo, José Estébanez, que en su

asignatura de Geografía Rural dedicaba un amplio y estimulante primer tema a presentarnos las nuevas corrientes del pensamiento geográfico y promover así el debate y la crítica.

Fue Estébanez quien nos recomendó el breve texto de Fred Schaefer sobre el *excepcionalismo* en Geografía, en cuyo prólogo Horacio Capel había escrito “la Geografía es una ciencia que, como tal, puede resultar muy poco satisfactoria –y desde luego no lo es en absoluto- si pensamos en la forma en que, en ocasiones, se practica en determinados países”. Con esa conciencia, el deseo de renovar el hacer geográfico resultó común a no pocos geógrafos de mi generación, aunque el rumbo seguido fuera muy diverso.

En mi caso, apenas tres meses después de terminar mi Licenciatura, el doctor Casas Torres me planteó la posibilidad de ser profesor en el Colegio Universitario de Segovia. Inicé así una carrera docente que, en el contexto de incertidumbre laboral inherente a los denominados profesores no numerarios, me llevó en apenas una década a las aulas del colegio segoviano, de mi propia Facultad de Geografía e Historia y en 1980, tras leer mi tesis doctoral, al Departamento de Geografía de la Universidad de Valladolid, dirigido por el profesor García Fernández. Fue un periodo de especial intensidad –en un contexto de cambio como el que vivía la sociedad española en su conjunto- que finalizó al conseguir una plaza de Profesor Adjunto en una de aquellas macroposiciones que hoy resultan tan extrañas como las grandes fábricas en el interior de nuestras ciudades, lo que me permitió regresar al recién creado Departamento de Geografía Humana de la Universidad Complutense, dirigido ya por el profesor Bosque Maurel, cuya cálida acogida siempre he agradecido.

Con la perspectiva que da el tiempo, creo que fueron años fundamentales para mi formación como profesional de la enseñanza, de los que me ha quedado una huella que sólo ahora, al volver la mirada, llego a comprender. En el Colegio *Domingo de Soto* descubrí que quería ser profesor; en esta Facultad de la Complutense me incorporé a un numeroso y entusiasta grupo de profesores jóvenes y respiré los aires de renovación que vivía una parte de la Geografía española; en Valladolid conocí un ambiente colectivo de trabajo y un compañerismo que siempre he intentado reproducir en mi entorno.

Desde que la descubrí, la Geografía atrajo mi atención porque consideré que estudiaba cuestiones relacionadas con problemas concretos y ayudaba a entender mejor el mundo que nos rodea, desde el atraso de áreas rurales como las de la Galicia interior, que tanto me habían impresionado a partir de mis estancias estivales en la aldea paterna, hasta el rápido crecimiento y los grandes contrastes entre barrios en ciudades como Madrid o Valladolid. La relevancia social de las cuestiones a estudiar y la búsqueda de buenos diagnósticos fueron así desde el principio dos objetivos más o menos explícitos que orientaron mi trabajo. Y en la búsqueda de guías para lograrlo, el atractivo que a mediados de los años 70 suponía una *nueva geografía* teórica y cuantitativa que ofrecía dotar de mayor científicidad a esa tarea me orientó inicialmente en esa dirección.

Lo que en concreto captó mi interés fue el intento de comprender las causas que motivaban la diferente localización de las actividades industriales y su evolución en el tiempo, así como sus consecuencias en forma de desigualdades socioeconómicas, tanto entre regiones como entre áreas rurales y urbanas o entre barrios de una misma ciudad. Las clásicas cuestiones del dónde, por qué y qué efectos se derivan estuvieron durante años en el centro de mis preocupaciones. El objetivo positivista de identificar tendencias generales o patrones de localización y verificarlos mediante análisis cuantitativos fue, en buena medida, el objetivo central de mi tesis doctoral sobre *La industria de Madrid*, que analizó los modelos de localización asociados a las dos

primeras revoluciones industriales tanto en el conjunto de España como, sobre todo, en el interior de esta aglomeración metropolitana, así como su fundamental contribución a la conformación de una estructura socioespacial fuertemente segmentada. La elección de una temática como la industrial, apenas analizada hasta ese momento en la geografía española y que suscitaba, cuando menos, escepticismo entre numerosos colegas, junto a un posicionamiento teórico y analítico ajeno a los esquemas regionalistas aún imperantes, supuso una seña de identidad en mi entorno que, para bien y para mal, me acompañó durante bastante tiempo. Las obras de algunos geógrafos como Hagget, Hamilton o Pred, que planteaban modelos de localización no limitados a decisiones individuales, junto al trabajo de Hägerstrand sobre difusión espacial, fueron referencias esenciales en esos años.

No obstante, ya desde mi aproximación inicial a esta temática me situé en una posición de cierta heterodoxia frente a colegas especializados en el análisis espacial al encontrar insuficientes las explicaciones propuestas y buscar otros argumentos complementarios para entender mejor esos mapas industriales. En esa búsqueda encontré dos tipos de ayudas que resultaron importantes para conformar mi manera de ver y alimentaron mi interés por lo que más tarde Dogan y Pahre denominaron el *conocimiento híbrido*, superpuesto a las artificiales fronteras disciplinares.

Por un lado, los estudios sobre el proceso de industrialización en España realizados por historiadores como Nadal, Tortellá, Fontana o Sánchez Albornoz entre otros, me hicieron comprender eso que bastante después se llamaría la *dependencia de la trayectoria*, en definitiva, la importancia de la biografía de cada territorio y sus inercias. Poder colaborar años más tarde con Jordi Nadal en el *Atlas de la industrialización española* supuso por ello una especial satisfacción. Por otro lado, los estudios procedentes de la economía estructuralista, cuyo primer contacto –aún como estudiante– había sido la *Estructura económica* publicada por José Luis Sampedro y Rafael Martínez Cortiña, me permitieron comprender mejor los procesos de polarización espacial y desarrollo desigual –una temática recurrente en mi trabajo–, con autores como Perroux, Prebisch o Myrdal. Sólo años después, la obra de Doreen Massey sobre *divisiones espaciales del trabajo* me permitió comprobar que otros geógrafos habían realizado un camino similar, pero iban varios pasos por delante en ese intento de construir no tanto una geografía de las empresas industriales como una geografía del capitalismo industrial a partir de unos argumentos teóricos que proponían una mirada más amplia y más crítica, que en los años siguientes fue también la mía.

Investigar y enseñar una geografía del capitalismo

Tras estabilizar mi situación profesional y regresar a la Universidad Complutense, pude plantearme una especialización profesional que supuso evolucionar hacia una reinterpretación de la geografía económica en su conjunto. Ese proceso de maduración, acompañado por la dirección de mis primeras tesis doctorales, se vio de nuevo influido por un entorno muy diferente al del periodo anterior, que exigió revisar mis planteamientos. Claudio Naranjo ha escrito que “cuando las soluciones se vuelven cuestionables nos damos cuenta de los problemas”. En ese sentido, la profunda crisis económica con epicentro en la industria y los consiguientes cambios que experimentaban la sociedad y la economía españolas en esos años ochenta me obligaron a cuestionar mis argumentos para ofrecer mejores respuestas. Las teorías de localización aportaban una pobre interpretación de los procesos desindustrializadores y esa insatisfacción se acentuó al iniciar mi colaboración con la recién creada Comunidad de Madrid, dentro de un equipo multidisciplinar al que se encargó la realización de estudios sobre las principales áreas obrero-industriales de la región como base para abordar planes de revitalización.

Motivado por el efecto combinado de la nueva bibliografía internacional que abordaba esa nueva crisis del capitalismo y las demandas de alumnos e instituciones para aportar una mejor comprensión de lo que estaba ocurriendo, inicié una travesía intelectual que modificó de forma significativa mi anterior línea de trabajo, al menos en tres aspectos interrelacionados.

Respecto a la temática, me hizo valorar que una comprensión real de los cambios en la organización del territorio exigía abordar la lógica espacial del sistema capitalista, con sus permanencias y los cambios asociados a sus fases de desarrollo. Eso situó el estudio de los procesos de reestructuración y la nueva geografía del postfordismo en mi temática de investigación, con la segmentación de los procesos productivos, la globalización de los mercados, la revolución tecnológica informacional o las políticas neoliberales como bases necesarias para dar cuenta de las transformaciones en la localización, organización y morfología de los espacios industriales. Al mismo tiempo, la especial virulencia con que se manifestó esa crisis en los mercados regionales y locales de trabajo me animó a abrir una nueva línea de investigación en esa dirección, a mitad de camino entre las preocupaciones habituales de la geografía económica y la geografía social, que ya no he abandonado.

En el plano teórico, esa evolución me condujo desde la geografía neopositivista a la radical y, en concreto, hacia diversas aproximaciones heterodoxas al estructuralismo de influencia marxista, en especial la teoría de la regulación, con autores de referencia como Aglietta, Lipietz o Boyer. Conceptos como los de régimen de acumulación o modo de regulación pasaron así a formar parte de mis esquemas interpretativos sobre la nueva organización espacial, en línea con quienes planteaban la necesidad de abordar los procesos estructurales, no visibles, para comprender sus manifestaciones visibles en el territorio.

En cuanto al ámbito de investigación, tanto la región metropolitana de Madrid como su periferia externa –que incluía algunas áreas rurales castellanas- centraron buena parte de los trabajos realizados. Al mismo tiempo, la aproximación a lugares concretos, la complejidad asociada a esa escala de análisis y la necesidad de comprender mejor las estrategias locales de respuesta frente al cambio industrial me exigieron incorporar un trabajo directo con los actores locales.

Este cambio de perspectiva tuvo también su reflejo en la redacción de textos generales, que pretendían formar parte de una estrategia compartida con otros compañeros para renovar la bibliografía geográfica estudiada en nuestras universidades y hacerla menos dependiente de las traducciones de obras, sobre todo francesas. Esa tarea se había ya esbozado en *A través de Castilla*, una guía para trabajos de campo publicada con Ana Sabaté y Consuelo del Canto en 1981, pero se inició definitivamente con *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*, una aventura profesional que compartí con Fernando Molinero y que se publicó en 1984 como un intento explícito de revisar de forma crítica la por entonces denominada geografía descriptiva. La propuesta de regionalizar el mundo a partir de criterios económicos y geopolíticos, de incorporar las visiones estructuralistas ligadas a la teoría de la dependencia, o de entender las regiones como sistemas espaciales abiertos y organizar su estudio identificando los factores, actores y procesos que podían explicar las formas de organización territorial resultantes tuvo un eco muy superior al previsible que animó nuevos proyectos. En apenas una década publiqué con Fernando Molinero el libro *Geografía y Estado*, coordiné con él una *Geografía de España* y escribí un pequeño libro sobre *Las actividades industriales* para una colección dirigida por Rafael Puyol. Con este autor y con José Estébanez, maestros y compañeros en la Complutense, escribimos una *Geografía Humana* y también abordé con otros colegas de mi departamento unos *Trabajos prácticos de Geografía Humana*.

Pero la integración plena entre investigación y docencia se reflejó aún mejor en dos obras cuya redacción supuso un proceso de aprendizaje que valoro de forma especial. Junto con Inmaculada Caravaca escribí el libro *Organización industrial y territorio*, en el que nos propusimos renovar una geografía industrial aún demasiado apegada a la cuestión de la localización para aproximar sus planteamientos a los surgidos en esos años en el ámbito de la organización industrial y centrar lo esencial de su contenido en los efectos provocados por la crisis de la industrialización fordista y la nueva división espacial del trabajo a diferentes escalas.

Como etapa final de ese itinerario, en 1997 publiqué el libro *Geografía económica. La lógica espacial del capitalismo global*, que sin duda ha tenido un significado especial desde varios puntos de vista. Por un lado, completó mi evolución personal desde la industria al sistema económico en su conjunto y desde la localización hacia una interpretación dinámica de los cambios en las estructuras productivas y territoriales como reflejo de esa lógica capitalista, su alternancia de periodos de expansión y crisis, así como los fenómenos de desarrollo geográfico desigual resultantes. Al mismo tiempo, ese marco teórico me llevó a centrar la atención en las características de la nueva fase que en esos años comenzaba a identificarse con el proceso de globalización, una perspectiva que en lo esencial he mantenido hasta la actualidad. Historiadores como Braudel o Wallerstein, con su interpretación del sistema mundial, y geógrafos como Dicken, Harvey, Taylor o Benko se convirtieron para mí en referencias particularmente inspiradoras. Finalmente, tuve la fortuna de que esta obra tuviera un considerable éxito entre los colegas y estudiantes latinoamericanos, hasta el punto de convertirse aún hoy en la principal referencia para identificar mi trabajo.

La importancia que siempre he dado a la redacción de manuales me anima a hacer un inciso sobre la forma de presentar nuestras ideas y resultados. En una obra publicada hace cuatro décadas y titulada *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Andreski afirmó que “el pensamiento claro y lógico comporta un incremento de los conocimientos y, tarde o temprano, el avance del saber acaba minando el orden tradicional”, mientras que “la confusión de ideas no lleva a ninguna parte y se puede mantener indefinidamente sin causar el menor impacto en el mundo”. En ese sentido, coincido con quienes cuestionan lo que este sociólogo polaco llamó la *pretenciosa verborrea* que a veces envuelve determinadas obras en las ciencias sociales. Creo en cambio que la tensión entre la sencillez formal –que no impide en absoluto cierta complejidad en los contenidos- y el riesgo de caer en la simplicidad excesiva es un reto para quien se dedica a la investigación, pero más aún para quien accede a ella a partir de la docencia y la elaboración de textos generales -hoy casi abandonada por razones que no viene al caso analizar- es una excelente escuela. Lo complicado de resultar sencillo, de hacer comprensible al mayor número posible aquello que nuestro trabajo pueda aportar al conocimiento colectivo, resulta aún más importante si pretendemos difundir algunos de esos resultados más allá del ámbito académico, un reto que la geografía española aún tiene pendiente en buena medida.

Del sistema productivo al desarrollo territorial

Tras un largo periodo de trabajo en las direcciones apuntadas, los años finales del pasado siglo estuvieron de nuevo marcados por cambios significativos en mi actividad docente e investigadora que supusieron la transición hacia una nueva etapa.

En primer lugar, el contexto universitario se modificó de forma significativa tras el inicio en 1993 de la nueva Licenciatura de Geografía. Sin entrar ahora a discutir lo que unos calificaron como mayor *profesionalización* y otros como creciente *mercantilización* de nuestra universidad, en los *curricula* académicos eso supuso apostar por la especialización –lo que Ortega y Gasset

calificó en su día como el “saber cada vez más de cada vez menos”- así como reforzar la presencia de enseñanzas técnicas e instrumentales en detrimento de unos componentes teóricos y reflexivos progresivamente desvalorizados por su carácter supuestamente poco práctico. A eso se sumó el marcado desinterés de algunas propuestas de inspiración postmoderna por los *grandes relatos* o teorías generales interpretativas, al tiempo que el discurso *post-industrial* difundido en nuestra sociedad en los años en que se cebaba la *burbuja* financiera e inmobiliaria convertía al consumo en motor del nuevo crecimiento y consideraba algunas de las temáticas habituales en esa asignatura como reflejo de un *productivismo* obsoleto.

A la menor motivación de buena parte de los alumnos por las cuestiones geoeconómicas se sumó la fragmentación en materias cuatrimestrales. Eso supuso incorporar a mi docencia nuevas asignaturas sobre procesos de desarrollo, geografía política, o sobre el nuevo mapa geopolítico del mundo, que compartí inicialmente con la profesora García Ballesteros y se convirtió en mi mayor estímulo ante unas aulas con estudiantes interesados, activos y procedentes de múltiples titulaciones.

Por su parte, la actividad investigadora se vio reforzada en esos años con la dirección o participación en proyectos colectivos, al tiempo que experimentaba también una notable renovación, al menos en tres aspectos sustanciales. En el plano teórico, con la incorporación de la dialéctica estructura-agencia y los enfoques neoinstitucionales como motor explicativo de la desigual respuesta de los lugares frente a los retos impuestos por la globalización; en el plano metodológico, con un uso cada vez más intenso de las técnicas cualitativas de investigación; en el plano temático, con una evolución desde el análisis de sistemas productivos de ámbito local a los estudios sobre desarrollo territorial, desbordando así las estrictas fronteras de la geografía económica.

En efecto, el estudio de casos de industrialización rural puso en evidencia la insuficiencia de los procesos estructurales para entender por qué algunos lugares eran capaces de adaptarse mejor que otros al nuevo contexto, lo que exigió considerar la importancia de claves específicas ancladas en el territorio para su comprensión. En esa nueva búsqueda de respuestas, las teorías de la acción y las propuestas estructuracionistas de Giddens fueron de especial utilidad. Pero esa mayor aproximación al terreno y a sus actores no supuso en ningún caso olvidar lo que Massey denominó el “sentido global del lugar”, es decir, la existencia de márgenes de acción dependientes de procesos generales dominados por la lógica capitalista, frente a cualquier tentación de *localismo ingenuo*. En otras palabras, si los enfoques estructuralistas me permitieron entender los cambios espaciales como resultado de fuerzas situadas más allá de los lugares investigados, la incorporación de esta nueva perspectiva añadió complejidad y exigió mayor trabajo directo en el territorio y con sus gentes.

No obstante, si algo definió mi trabajo en esos años, fue sin duda la influencia ejercida por la teoría de la innovación, que descubrí inicialmente en el ámbito de la economía neoschumpeteriana, amplié con los estudios sobre sistemas de innovación de Lundvall o Cooke y completé al incorporar al concepto de innovación económica el de innovación social procedente de autores como Moulaert o Klein, entre otros. La territorialización de esos conceptos, realizada por autores como Maillat o Camagni en sus investigaciones sobre *ambientes innovadores*, sirvió como fuente de inspiración directa para una línea de investigación que intenté promover en esos años dentro del entonces *Grupo de Geografía Industrial* de la AGE, con resultados colectivos que tuvieron en el libro *Innovación, pequeña empresa y desarrollo local*, coordinado con José Luis Alonso, su punto de partida y que supusieron un intenso proceso de aprendizaje colectivo. Aprovecho esta referencia para hacer partícipe al actual *Grupo de Geografía Económica* del

reconocimiento que se me otorga, porque 25 años de trabajo en común no pueden ser ignorados en ese itinerario personal.

En resumen, frente a la adscripción a una ortodoxia concreta, la evolución comentada supuso optar por cierto eclecticismo que intentó dar respuesta a necesidades no satisfechas por mi anterior perspectiva, pero con dos importantes salvedades. Por un lado, frente a un *postestructuralismo* que reniega de las teorías generales explicativas y en mi opinión se centra en exceso en la deconstrucción de los discursos, más crítico con ellos que con la propia realidad circundante, sigo creyendo en la necesidad y utilidad de tales esquemas interpretativos como marco general de referencia. Por otro, frente a un sincretismo ciego, que pretende sumar visiones múltiples e incoherentes entre sí, definiendo una perspectiva transescalar de las dinámicas territoriales en que procesos estructurales, acción del Estado y respuestas locales interactúan para explicar las heterogéneas dinámicas territoriales.

Por último, en el ámbito temático el inicio del nuevo siglo reorientó mi interés hacia el desarrollo territorial, como propuesta integradora que superaba las cuestiones puramente económicas para incorporar otras dimensiones y nuevos actores. La progresiva incorporación de ideas sobre desarrollo local o desarrollo a escala humana procedentes de autores como Stöhr, Boisier, Elizalde o Max-Neef, me ayudaron a construir una interpretación en la que promover el desarrollo significa generar actividades y empleos suficientes en cantidad y calidad, pero también elevar la cohesión social, respetar y poner en valor recursos naturales o culturales presentes en el territorio y todo ello a partir de formas de participación inclusivas. Integrar de forma explícita el valor de las estrategias de innovación para avanzar por ese camino puede ser mi modesta aportación a esa temática. En esa evolución personal, mi creciente vinculación en esos años con América Latina actuó sin duda como espoleta del cambio.

Ya mucho antes, tanto los teóricos latinoamericanos de la dependencia como, más aún, las propuestas de Milton Santos para renovar la concepción del espacio geográfico habían influido notablemente sobre mis ideas. Pero fue el contacto directo con numerosos profesionales de la región a través de las redes de investigadores en que me integré, la impartición de cursos y conferencias en diferentes universidades latinoamericanas, así como el conocimiento directo de algunas de sus realidades, lo que sirvió como catalizador. Primero, para revisar mi propia visión eurocéntrica del mundo y cuestionar las posibilidades y limitaciones de trasladar conceptos, teorías y propuestas surgidos en entornos socioeconómicos, institucionales y culturales concretos a otros con historias y estructuras muy diferentes. Después, para comprender que el estudio de la actividad económica refuerza su significado geográfico cuando se plantea con el objetivo de contribuir a un desarrollo territorial que va mucho más allá. Finalmente, para centrar mi trabajo en las áreas urbanas, donde autores como Carlos de Mattos –Premio Internacional de Geocrítica en 2010- han sido referencia inspiradora desde hace décadas. Esa dedicación específica a los estudios urbanos, si bien con el sesgo que conlleva mi propia trayectoria intelectual, se ha hecho particularmente evidente en estos últimos años, ya fuera de la universidad.

La especialización investigadora y los nuevos retos

En el otoño de 2003 recibí de la Dirección del *Instituto de Economía, Geografía y Demografía* y de la Coordinación de Humanidades y Ciencias Sociales la propuesta de incorporarme al CSIC para promover unos estudios urbanos hasta entonces apenas abordados en esa institución. La posibilidad de concentrar mi actividad en proyectos y contratos de investigación para alimentar así la construcción de un equipo de jóvenes investigadores en las fases iniciales de su trayectoria profesional me animó a aceptar ese nuevo reto e iniciar –en junio de 2004- una nueva etapa

profesional y el consiguiente proceso de adaptación a un entorno diferente al universitario. Quiero agradecer aquí la buena acogida de sus investigadores, que facilitó ese proceso de inserción y que personalizo en las directoras que entonces y ahora representan al instituto.

Aunque nunca lo entendí como una ruptura con mi pasado, ese paso conllevó abrirme a nuevas oportunidades pero también asumir diversos costes, cuyo balance aún está por hacer. Entre las primeras, la creación de ese equipo al que denominamos Grupo de Estudios sobre Desarrollo Urbano (GEDEUR) que, pese a tener un ciclo de vida bastante breve, resultó una experiencia personal interesante y creo que aportó algunos resultados valiosos desde el punto de vista científico. Entre los segundos, el inevitable alejamiento de quienes durante décadas fueron mis compañeros y de una actividad docente que durante buena parte de mi trayectoria fue mi principal estímulo. Por ese motivo, agradezco sinceramente la propuesta que el *Departamento de Geografía Humana* dirigido por el doctor Carpio hizo a la Universidad Complutense para nombrarme profesor honorífico del mismo en 2013.

Del trabajo realizado en esta última década me limitaré a comentar dos aspectos interrelacionados, sin entrar en proyectos o publicaciones concretas, que se han incrementado al realizarse ahora a tiempo completo. Por una parte, las nuevas temáticas investigadas y su contexto teórico. Por otra, su posible relación con los problemas y demandas del entorno.

Respecto a las primeras, este ha sido un periodo de especial diversidad, vinculada en parte a las oportunidades que fueron surgiendo en relación con proyectos específicos. Pero bajo esa apariencia de dispersión, creo que se han mantenido ciertos rasgos comunes que permiten integrar y dar sentido a lo realizado. Puedo distinguir así tres conjuntos de investigaciones que se intersectan, aunque mantienen cierta identidad propia.

Por una parte, he intentado profundizar en la geografía de la globalización neoliberal, con especial atención a la metamorfosis sufrida en estos años por las economías y los territorios metropolitanos, indisolublemente relacionada con la polarización social y la creciente fragmentación espacial interna. Analizar los impactos provocados por los procesos de financiarización, la expansión de las actividades y empleos intensivos en conocimiento o la precarización laboral, entre otros, intentó aportar perspectivas críticas al debate sobre las llamadas metrópolis globales. En un plano más operativo, la dirección técnica del *Observatorio Industrial de la Ciudad de Madrid*, creado a solicitud del Consejo Local y que se materializó en un convenio de colaboración entre el Ayuntamiento de Madrid y el CSIC para el cuatrienio 2006-2009, permitió abordar en los numerosos informes elaborados un conjunto de diagnósticos y propuestas que pretendieron responder a demandas específicas de los agentes sociales.

Al mismo tiempo, los estudios sobre desarrollo territorial centraron su atención en ciudades de tamaño medio –en especial aquellas de larga tradición industrial- y en la capacidad mostrada por algunas de ellas para superar la crisis de sus economías y el consiguiente declive mediante estrategias locales de recuperación o, utilizando un concepto de actualidad que también he intentado explorar, de resiliencia. Eso exigió actualizar anteriores argumentos teóricos para centrar la atención en la influencia de las instituciones y las coaliciones locales de actores, así como en las específicas formas de gobernanza y gestión local derivadas. La participación en una Acción COST que en España coordinaba el profesor Sánchez Moral, fue una oportunidad para profundizar en esta temática.

La última línea de investigación que me ha ocupado vuelve a recuperar, treinta años después, el estudio de los devastadores impactos provocados por una nueva crisis, así como su desigual

reflejo social y espacial, con particular atención al posible surgimiento de una nueva organización territorial que, como en todas las crisis anteriores, emerge ahora para quedarse. En esta línea de investigación vuelven a aparecer algunos de los argumentos centrales de mi trabajo desde hace décadas. Ante todo, la importancia estratégica de comprender la lógica del capitalismo y de sus crisis periódicas para integrar ahí lo que Harvey calificó como *soluciones espaciales* coherentes con cada una de esas etapas. Pero también la desigual vulnerabilidad de los territorios ante ese *shock* externo, así como las diferentes respuestas dadas por sus ciudadanos, sus empresas y sus gobiernos, de especial interés en momentos de transformación política, social y cultural como el que ahora vivimos. La repercusión mediática alcanzada este mismo año por el *Atlas de la Crisis* creo que pone de manifiesto un interés evidente en el entorno por descubrir la dimensión geográfica de muchos procesos que como sociedad nos afectan.

Hay que ir concluyendo, que el recorrido ha resultado ya demasiado largo porque dejar fluir el pensamiento y la memoria comporta siempre un riesgo. Pero no quisiera finalizar sin hacer siquiera una breve alusión a un sentimiento –tanto como un pensamiento– que se ha reforzado en estos últimos años. Es indudable que el modelo de evaluación de la actividad investigadora, que la valora sobre todo en función de la calidad y el impacto del medio en donde se publica, anima a dirigir buena parte de nuestro trabajo hacia determinadas revistas científicas nacionales e internacionales de *alto impacto* y a priorizar aquellas temáticas que puedan encontrar en ellas una acogida favorable. Creo, no obstante, que eso no debería dejar al margen el cuidado de las revistas que editan departamentos universitarios y que centran buena parte de su investigación en determinados territorios, así como la preocupación por la relevancia social de lo que investigamos y por hacer más presente la voz de los geógrafos ante los problemas y las necesidades de nuestro entorno a través de otros medios de difusión hoy disponibles. Richard Peet escribió que el discurso dominante y justificativo del *statu quo* “sólo puede ser desafiado con algún grado de éxito por movimientos sociales surgidos de un pueblo informado, indignado y racional”. Con la conciencia de nuestras limitaciones, creo que quienes trabajamos en la academia y somos críticos con determinados aspectos de nuestra sociedad tenemos cierta obligación de aportar conocimiento y propuestas al debate colectivo, además de aprender de esa interacción con nuestros conciudadanos. Puede discutirse si eso es suficiente, pero en cualquier caso pienso, hoy más que ayer, que es necesario.

En definitiva, defender una geografía económica crítica supone, desde mi particular perspectiva, un doble esfuerzo de resistencia y de capacidad propositiva. Resistencia frente al embate de esa *nueva geografía económica* que tiene a Krugman como estandarte y que no es sino una economía espacial de nuevo cuño, que incorpora esa variable dentro de modelos neoclásicos de equilibrio general y competencia imperfecta, basados en decisiones racionales e individuales, donde el espacio es una abstracción hecha de puntos, líneas, distancias y costes que poco recuerda a una construcción social desarrollada en el tiempo a partir de unas bases naturales e institucionales específicas, que es lo que otorga identidad y complejidad a los lugares que estudiamos. Resistencia también frente al giro culturalista de ciertas visiones postmodernas que desvalorizan la importancia estratégica de las bases materiales en la construcción de la sociedad y en sus contradicciones, reflejadas también en la producción del espacio y en sus desigualdades.

Como contrapunto, capacidad propositiva para desbordar el simple análisis e incluir opiniones y valoraciones fundamentadas, también comprometidas en la búsqueda de mejores alternativas. Eso debería incluir una elección reflexiva de las temáticas abordadas, evitando en lo posible desviar la atención hacia modas pasajeras. Debería suponer, sobre todo, incorporar a los actores y sus estrategias, así como las redes de relaciones sociales y de poder existentes en los territorios para interpretar los procesos analizados. Una geografía económica que hable de producción,

competitividad o empleo, pero también de distribución, desigualdad o cooperación, que trate de innovación, conocimiento y eficiencia, pero también de vulnerabilidad y justicia espacial, tiene mucho que decir en momentos como los actuales o, cuando menos, no debería ser ajena a esa búsqueda de alternativas que está en el aire.

. . . .

En uno de los textos integrados en su libro *Literatura y fantasma*, Javier Marías afirma que el autobiográfico es uno de los géneros de ficción más interesantes. Sin pretender ningún engaño consciente, pienso también que la propia selección de hechos e ideas, el hilo argumental que los une, la identificación de algunas influencias entre las muchas recibidas, o la implícita autoevaluación de los resultados obtenidos son siempre fruto de una construcción en la que reproducimos esquemas de trabajo aprendidos, aplicados ahora a un objeto diferente que somos nosotros mismos.

Espero, al menos, que el fruto de esta tarea haya respondido a lo que se me solicitó y aportado algunos ingredientes de interés, más allá de las anécdotas personales inherentes a este tipo de narraciones. En ese terreno personal, la referencia a mi familia es obligada y quiero explicitarla, porque han sido y son cómplices necesarios en todo el camino recorrido y pilar indispensable para hacerlo posible. En consecuencia, al agradecimiento ya expresado al inicio de mi intervención hacia el Jurado del *Premio Internacional de Geocrítica* y su Presidente, que ahora reitero, añado también otro muy sincero a todos los asistentes que han tenido la amabilidad de escucharme y compartir este acto.

© Copyright: Ricardo Méndez, 2015.

© Copyright: *Scripta Nova*, 2015.

Ficha bibliográfica:

MÉNDEZ, Ricardo. De la globalización capitalista al desarrollo territorial: por una geografía económica socialmente relevante *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona: Universidad de Barcelona, 10 de noviembre de 2015, vol. XIX, nº 522(2). <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-522-2.pdf>>. ISSN: 1138-9788.